

Lil Armstrong revive la edad de oro de Chicago

Durante el verano del 1918, mi familia dejó Memphis para instalarse en Chicago, y la exploración de este paraíso se convirtió en mi trabajo cotidiano. ¡Chicago! con sus edificios de piedra y ladrillo, su vida trepidante, sus calles abarrotadas de gente siempre enloquecida, sus misterios... Chicago representaba verdaderamente el paraíso, en mi imaginación.

Una de mis escapatorias me condujo un día a una «Boite à musique» (Jones Music store, dans South State Street). Me detuve y devoré con la mirada todas aquellas hojas cubiertas de notas, expuestas en el escaparate deseando poseerlas todas. Pero sabiendo que aquello era imposible, decidí entrar para comprar una canción que había oído silbar por las calles.

Se la tataré al comerciante (Frank Clemons). El se sentó al piano y la interpretó para mí. Encontrando su tocar mediocre, propuse tocarla a mi manera. Consintió él al momento, no pudiendo disimular su sorpresa viendo que descifraba tan fácilmente que me era posible añadir variantes a la melodía. Después de esta composición, quiso hacerme probar otras, preguntándome seguidamente qué me parecía un empleo de demostrador. Yo le respondí que antes que nada debía regresar a mi casa y obtener el consentimiento de mi madre. Volvería más tarde para ver a la propietaria (Mrs. Jennie Jones).

De hecho, decidí por el camino no decir nada antes de poseer los detalles concernientes, salario y horario. Hasta el término de mis estudios en la Universidad de Música Fisk, mi madre vería con malos ojos todo trabajo que emprendiese.

Procuré mantenerme tranquila durante algunas horas, más tarde volví a la «Boite à musique».

Mrs. Jones me gustó enseguida. Era una gran mujer, distinguida, atractiva, pero muy estricta para el trabajo.

Al primer golpe de vista exclamó «¡Frank!, si aún es una niña». Después añadió «Mi pequeña, si quieres trabajar, te doy tres dólares por semana». Le habría saltado al cuello gritando de alegría, no pensando ni un instante en el salario, sino solamente en la



Lil Armstrong con Louis

fortuna de aprender toda la música contenida en el establecimiento. Toqué algunos números para ella y recibí la consigna de presentarme al día siguiente a las once para empezar mi trabajo.

No corría; me precipité a casa para gritar la gran noticia a mi madre que, con gran estupefacción, vi entrar en cólera febril. «La bella invención: trabajar y el colmo; por un salario ridículo de tres dólares por semana. No y no, niña».

En poco tiempo, no obstante, logré imponer mi criterio: aprender toda aquella música y tener alguna cosa que hacer hasta la reapertura de las clases. Y a la mañana siguiente, estaba en camino hacia la «Boite à musique», llena de entusiasmo.

De llegada, me puse al trabajo y toqué todo lo que pude encontrar sobre el mostrador. Al cabo de dos horas, el lugar estaba abarrotado de gente escuchando «L'Enfant prodige du Jazz». Yo no podía detenerme, atacando a la vez las partituras del establecimiento y mis clásicas de la Universidad. ¡Estaba en el séptimo cielo! No era extraño que la gente me llamara «l'enfant», parecía tener alrededor de diez años con mi blusa de marinero y mis treinta y nueve kilos.

La señora Jones se ocupaba de una oficina de colocación situada en la tienda misma y todos los músicos y otros artistas la visitaban. Ensayaban y discutían durante horas. Y había una «Jam» casi cada día y yo debía

Pasa a la página 15